

6

TOLERAR LAS DIFERENCIAS

Tolerancia "distinción de los prohibidos, distinción e interpretación una con otra que se demuestran siempre la línea de poder y de consentimiento para darlos" (Diferencia política. David Miller cit.)

There are 47 interplanets, mostly
purely stellar or planetary. A few
two members or intergalactic
constellations of the [...]; the [...]
the [...], the [...]
[...], the [...]
[...], the [...]
[...], the [...]

El afán de unidad

Todos recordamos la historia bíblica de la torre de Babel. Cuenta el Génesis que cuando «el mundo entero hablaba la misma lengua» se les ocurrió a los hombres establecerse en una llanura del país de Senaar y construir una ciudad en la que hubiera una torre que llegara al cielo, con el fin —dijeron— «de hacernos famosos y no dispersarnos por la superficie de la tierra». Pero al Señor no le pareció bien la idea, pues dijo: «Son un solo pueblo y una sola lengua. Si esto no es más que el comienzo de su actividad, nada de lo que decidan hacer les resultará imposible. Vamos a bajar y a confundir su lengua, de modo que no entiendan la lengua del prójimo». Y así lo hizo: bajó y les impidió construir la ciudad. Por eso la torre «se llama Babel, porque allí confundió el Señor la lengua de toda la tierra, y desde allí los dispersó por la superficie de la tierra».

La torre de Babel fue una muestra de la ambición humana que aspira a unificarlo todo bajo una sola ley. Dios no lo quiso y separó a los hombres. Quiso dar a entender que la pluralidad y la variedad son buenas porque dispersan el poder. El poder queda repartido mientras no haya una lengua, una cultura, un imperio con la fuerza suficiente para imponerse sobre el resto, absorberlo y anularlo.

No sólo ocurre en la Biblia. La obsesión por la unidad ha sido constante en la historia del pensamiento occidental. Parménides, que propugnaba la unidad del Ser, le ganó la

batalla a Heráclito para quien el principio era la variedad, el conflicto, el cambio. El pensamiento ha querido tenerlo siempre todo claro: ha venerado la verdad y ha rechazado la opinión. El mito de una armonía total y última ha vertebado todos los sueños utópicos que quisieron subsumir la riqueza de la variedad humana bajo un solo proyecto supuestamente racional.

La manía de la unidad nos ha impedido aceptar de buen grado lo diverso. Pese a que vivimos en unos tiempos de exaltación de las diferencias, éstas, en la práctica —y, especialmente, en la práctica cotidiana— se toleran mal. La diferencia es buena cuando es la propia, pero deja de serlo cuando es la de otro. Más aún cuando ese otro, en lugar de permanecer lejos para no molestar, se atreve a invadir lo nuestro. Es triste tener que hablar de tolerancia —como lo es tener que hablar de justicia—. Pone de manifiesto que sólo a regañadientes se acepta ese sagrado principio que proclama la igualdad de todos los humanos. Con demasiada frecuencia deja de ser reconocida y aceptada la dignidad que merece cada ser humano. Sólo por imperativo moral —o legal, cuando el moral es insuficiente y no funciona— se acatan las normas mínimas de convivencia. Tolerancia e intolerancia no son sino las dos caras de una misma moneda: la moneda del odio, el desprecio, el desagrado que nos producen los otros. En un caso reaccionamos sin esconder los sentimientos de aversión, y apapalamos la intolerancia y el rechazo. En el otro reprimimos el rechazo y toleramos lo que nos incomoda. Isaiah Berlin hace ver cómo la tolerancia siempre implica una cierta falta de respeto. Es como si le dijéramos a alguien: «tolero tus creencias absurdas y tus actos sin sentido». La tolerancia es una expresión de la moral mínima exigible a un ser humano: una moral que ponga freno al egoísmo que impide ver al otro con compasión. «Compasión» en el sentido literal de sentir lo que el otro siente y tratar de entender su forma de vivir y comportarse.

La dificultad de aceptar al otro como es se da a todos los niveles, desde el más cotidiano al del entendimiento entre culturas o ideologías distintas. La historia occidental no ha cesado de dar ejemplos de rechazo a gitanos, judíos, musulmanes, negros, homosexuales, leprosos, sidosos y muchos etcétera. Sin ir tan lejos, el día a día es una continua carrera de obstáculos que se interponen a la convivencia familiar, laboral y urbana. Los defectos del vecino, esté fuera o dentro de casa, resultan los más insupportables. El mundo se vuelve pequeño y estrecho cuando alguien solicita que le hagamos sitio para sentarse a nuestro lado. Damos ejemplos incontables de eso que Kant llamó la «sociabilidad insociable» del ser humano: somos y no somos sociables, necesitamos a los demás y los detestamos por mil razones distintas y a menudo vergonzantes. Pocas veces puede decirse que lo que provoca intolerancia es razonable. Y lo grave, desde un punto de vista ético, no es esa irritabilidad cotidiana que entorpece las relaciones personales, sino que la intolerancia trascienda el nivel individual y entre en la vida colectiva. En tal caso, el objeto de la intolerancia se tipifica y adquiere una realidad que no se discute: es el desprecio a los gitanos, los islámicos, los negros, los magrebíes. Una diferencia que es vista como objetivamente ofensiva aun cuando carezca de razones de ser claras y evidentes y aun cuando sea contraria a principios y derechos cuya validez teórica nadie discute.

Las razones de la intolerancia

Los motivos o las razones de la intolerancia son variados, pero clasificables, creo, en tres grandes grupos que señalan las diferencias que han producido y siguen produciendo intolerancia. Me refiero a las diferencias: 1) de creencias y opiniones; 2) a las diferencias económicas, y 3) a las diferencias físicas.

Al primer grupo pertenecen todas las diferencias ideológicas y, en especial, las de carácter religioso. La variedad de religiones ha sido causa de las manifestaciones de intolerancia más violentas, duras e inadmisibles. De ahí que los primeros alegatos y discursos explícitos a favor de la tolerancia —los de Locke o Voltaire— fueran ataques a la pretensión de las Iglesias monoteístas de ser depositarias de la verdad religiosa y representar al Dios único y verdadero. Ni Locke ni Voltaire fueron irreligiosos. Al contrario, pusieron todo su empeño en defender un concepto de la religión que no era el usual: un cristianismo bien entendido y coherente con su mensaje fundamental que es el mensaje del amor. Una religión que pide amor no puede ser causa constante de guerra entre los pueblos. Además, la religión descansa en la fe y ésta es privada, jamás debería ser el fundamento de un proyecto político. Ambos dominios —el de la religión y el de la política— deben permanecer separados—dijo Locke—, a fin de devolver a su lugar a las creencias y a la fe religiosa, que son algo personal y subjetivo, algo aceptable o rechazable por voluntad propia y no por imposición de una autoridad externa, sea lo que fuere. En el fondo de la intolerancia religiosa yace la convicción injustificable de que uno está en posesión de la verdad y que sólo las propias creencias son válidas. Los filósofos de los siglos XVI y XVII lanzan ideas contrarias a tal convicción: la idea de que las distintas religiones se basan no en verdades, sino en simples «creencias», que todas las creencias son igualmente legítimas, que en religión no hay verdades absolutas o que la verdad no la tiene nadie en exclusiva. De esta forma empieza a deshacerse un malentendido que había sido la razón de los conflictos y persecuciones más sangrientos: el de que la religión sólo es patrimonio de quien quiere adherirse a su credo y que esa adhesión ha de ser voluntaria.

Al segundo grupo pertenecen todas las diferencias de carácter social y cultural que aún provocan rechazo: diferencias llamadas «étnicas», con un eufemismo muy poco con-

vincente. Pues cuando la diferencia que motiva discriminación y no aceptación del otro es realmente étnica, cabe decir que el problema sigue estando dentro del primer grupo: es de carácter religioso o ideológico. Deriva de la convicción de que yo valgo más que él porque venimos de territorios y culturas diferentes. Esa jerarquía geográfica o cultural sólo puede tener raíces ideológicas o religiosas. Y, aun así, nos resistimos a admitirlo. Hoy nadie se atreve ya a justificar teóricamente una discriminación por razón de sexo, etnia o incluso religión. Las diferencias son rechazadas con argumentos menos anacrónicos y más utilitarios: demostrando que la presencia del otro afecta desfavorablemente a las formas de vida o a las costumbres al uso en aspectos importantes e intocables. Al inmigrante o al gitano no se les tolera no porque pertenezcan a otra cultura, sino porque su presencia significa pobreza, marginación, inseguridad, desorden, o incluso es muestra de una injusticia que hay que tomarse la molestia de encubrir o resolver. Al gitano o al árabe rico no se le margina. Se margina al desposeído porque su presencia incomoda y no agrada. Así, se oculta el perjuicio que, de estar ahí, ya no es de recibo. A estas alturas del siglo XX, y en los países desarrollados, sabemos —aunque también sabemos disimularlo— que todos los seres humanos son iguales. Por ello, para perpetuar ciertas desigualdades vergonzosas, no hay más remedio que echar mano de justificaciones indirectas: no se está discriminando al extranjero, sino al que viene a echar más leña al fuego de la crisis económica, al que sólo puede traernos más miseria, al que contribuye al aumento de la delincuencia, al que pone trabas a nuestro proceso de normalización lingüística. No rechazamos al otro, simplemente pretendemos preservar puro y limpio lo que es nuestro.

3. El tercer grupo, el de las diferencias físicas o fisiológicas, el de las «anormalidades», puede ser asimismo una prolongación del primero, de las diferencias religiosas o ideológicas. Los homosexuales, los hijos naturales o las madres sol-

teras han sido rechazados durante siglos al amparo de doctrinas religiosas. La intolerancia hacia el homosexual sigue apoyándose en un prejuicio carente de base empírica: la idea de la homosexualidad subvierte lo aceptado y establecido como normal y moralmente bueno. La intolerancia es conservadora y reaccionaria. Hunde sus raíces en un confort que cuesta abandonar. Por ello se tolera mal o se tolera poco a los minusválidos, a los enfermos de SIDA, a los retrasados mentales, a los locos. No son abiertamente aceptados porque la aceptación exige esfuerzo, no es cómoda ni fácil. Es más llevadero tenerlos encerrados en lugares exclusivos para ellos o tenerlos escondidos. La sociedad, como no se cansó de repetir Foucault, decide qué debe ser normal y excluye a quien no encaja en la norma.

Los prejuicios religiosos o ideológicos, el bienestar económico y la norma establecida son, pues, las tres razones que hoy dan pábulo a la intolerancia. Ninguna de ellas puede ser calificada como justa y aceptable sin más. El prejuicio es un prejuicio, es decir, una manía o punto de vista no razonado, que sólo ampara el dogma o el fanatismo. En ningún caso es generalizable ni puede ser el origen de un juicio de valor con pretensión de universalidad. Dar valor al bienestar económico no es un prejuicio. Al contrario, el bienestar es un bien tanto para el que lo disfruta como para el que no lo tiene a su alcance. Por ello, para que esté al alcance de todos, la justicia nos manda repartir y distribuir, no acumular en pocas manos unos bienes que son, en realidad, comunes y de derecho para todos. En cuanto a esa normalidad que excluye a lo que no cabe en ella, deriva, más que ninguna otra cosa, de la potestad para dar nombres a las cosas, que la Alicia de Lewis Carroll atribuía a los que mandan. Los poderosos, los ricos, los satisfechos, deciden la norma. Sabemos de sobra que no hay razones objetivas para excluir a nadie de la categoría de ser humano. No obstante, las exclusiones están ahí, y hay cínicas justificaciones para ellas,

consistentes siempre en preservar los derechos de los que están en su sitio y son como deben ser. Salvar la economía, no poner en peligro la democracia, mantener el orden y la seguridad ciudadana, evitar que se mancille la propia cultura son siempre «razones poderosas» para cerrarle el paso al que viene de fuera.

Sin duda, el análisis de sus razones últimas y, por lo general, escondidas es la primera medida, y la más prudente, para combatir la intolerancia. Pues no es lo mismo tratar de eliminar un prejuicio religioso que impide aceptar al homosexual, que combatir la invasión de desposeídos que solicitan en el extranjero lo que su país no está en condición de darles y necesitan vitalmente. Son problemas distintos que exigen respuestas e intentos de solución de orden diferente. El reparto del bienestar económico precisa de políticas tanto internacionales como nacionales, y de actitudes sociales que no vuelvan la espalda a quien pide ayuda, sin dejar por ello de tener en cuenta las prioridades y necesidades que uno tiene. La lucha contra los prejuicios es, en cambio, un problema de educación y de cultura. En cuanto a la erradicación de costumbres, maneras de vivir, normas que significan la exclusión de los más débiles, es un problema de sensibilidad pública, también de educación, así como de políticas concretas que impulsen la apertura de las conciencias.

En cualquier caso, la intolerancia nunca es consecuencia de la simple constatación de que el otro es diferente. La diferencia es rechazada cuando se ve como inferioridad. Cuando se contempla al otro desde una situación de privilegio, se le condena por el simple hecho de que esté ahí, porque está ofendiendo con su presencia, porque invade la casa de uno y exige ser reconocido como un igual. El intolerante es el que le niega al otro el reconocimiento que merece. Quien hace ese juicio incurre en la más burda falacia lógica —la llamada falacia naturalista—: «Eres distinto a mí, luego eres inferior a mí.» Así han recibido justificación todas las discriminaciones históricas: la de los esclavos, la de la mujer, la de los viejos, la

de los disminuidos, la de los enfermos y la de cualquier otro colectivo que haya sido visto y clasificado desde la posición del que tiene más y vive mejor, del que no pone en duda el derecho a tener y mantener lo que tiene.*

Por otra parte, y paradójicamente, los fenómenos de intolerancia se están dando en un mundo que viene proclamando desde hace siglos el derecho universal a la igualdad de todos los humanos y a la no discriminación entre ellos por ninguna de las razones históricas que han sido utilizadas para discriminar. Un mundo que tiende más y más a la homogeneización de las culturas. Y un mundo que, para más contraste e incoherencia, hace periódicas apologías de las diferencias culturales. Pero es que igualdad y diferencia pueden convivir sin contradecirse. Los miembros de una misma familia no son idénticos, aunque tienen rasgos parecidos y comparten una misma historia. El mayor error ético que puede darse es renegar de esa historia común para dejar de reconocer lo que nos constituye a los humanos como iguales. Renegar, pues, de los derechos humanos. Tampoco es ético renunciar a ir ganando terrenos de libertad, o renunciar a la posibilidad de cada cual de elegir la forma de vida que más le apetezca. O renunciar al derecho de los pueblos a preservar y mantener sus costumbres y culturas. La única igualdad que nada tiene que ver con la ética es la que trata de imponer la economía de mercado a través de la publicidad, gracias a las facilidades de la comunicación y por una adaptación a la oferta consumista de ámbito mundial. No tiene nada de ético, lo que no significa que sea simplemente rechazable. No lo es, siempre y cuando no se convierta en el valor dominante y único. La práctica de la tolerancia no es sino el respeto a la libertad de cada cual a ser como quiera ser, pero respeto unido a la exigencia de que no se pierdan los principios que suponemos han de valer universalmente. Dicho de otra forma, la tolerancia no ha de confundirse con la indiferencia, que acabaría siendo la negación sin más de la ética misma.

Los límites de la tolerancia

En efecto, si decimos que hay que tolerar cualquier opinión o forma de vida, ¿no estaremos predicando la indiferencia ideológica? El relativismo a ultranza, ¿no nos pone al borde de un escepticismo que ha de impedirnos luchar o apostar por nada porque todo se parece mucho o es demasiado dudoso? Es más, el ejercicio de la tolerancia, ¿no acabará por erosionar la coherencia de cada uno consigo mismo? Sin duda hay que distinguir entre una tolerancia positiva y la tolerancia negativa consistente en instalarse en la ausencia de principios, ideas y opiniones por comodidad. Stuart Mill, el gran defensor del individuo y de su libertad, dijo que las creencias debían ser vivas y no muertas, creencias que merecían ser defendidas porque eran vulnerables a los ataques de otros. Una creencia está muerta cuando no está en peligro, jamás se cuestiona ni necesita ser discutida. Pero está viva si hay que luchar por mantenerla en pie contra otras creencias y opiniones. Ser tolerante no debería implicar la abdicación de lo que uno cree o piensa. El liberalismo a toda prueba de un filósofo de la política, como Isaiah Berlin, no le impide afirmar, sin embargo, que «darse cuenta de la validez relativa de las propias creencias y, sin embargo, defenderlas sin titubeos es lo que distingue al hombre civilizado del bárbaro». Cuando se nos ha dicho, qué nuestro pensamiento es débil, carente de ideas o con opiniones poco justificables, es fácil abandonarse al relativismo cultural que se niega a juzgar nada porque cualquier punto de vista es igualmente válido. Tal parálisis del entendimiento no sólo acaba con la ética misma. Acaba con una voluntad de discernimiento que, desde antiguo, se considera característica de la inteligencia humana. ¿Qué era, si no, la *phronesis* aristotélica? ¿O la *synderesis* escolástica? ¿No es igualmente una cobardía, un refugiarse en el confort de la duda, el no querer arriesgar una opinión, el no ser capaz de defender hasta el final una idea? Eso no es dogmatismo. Es, sencillamente, tener convicciones.

No todo debe ser tolerado, efectivamente. Pero ¿cuáles son los criterios? ¿Es posible fijar algunos? Si las creencias y opiniones son todas respetables, ¿no será cualquier criterio una mera opinión entre otras posibles e igualmente legítimas? He hablado de valores universales, derechos humanos proclamados universalmente. Pues bien, los límites de la tolerancia deben estar, ante todo, en ellos. Si tolerar al otro es saber respetar su dignidad, reconocerlo como un igual, no merece ser tolerado el que, a su vez, no sabe respetar esa dignidad. No debe ser tolerada la intolerancia. Pero ¿qué es la intolerancia? ¿Hay algún signo que permita identificarla de un modo, digamos, mínimamente objetivo?

Responder a esta pregunta con criterios teóricos no es fácil. Es más fácil hacerlo con ejemplos y decir que es intolerante el terrorista, el criminal, el dictador, el fanático que no repara en medios para conseguir lo que se propone, aun cuando esos medios sean las vidas de otras personas. Es intolerante el que no respeta la vida del otro, bien porque le agrede físicamente, bien porque viola sus derechos más básicos. El intolerante convierte al otro en un simple medio para sus fines: no le reconoce la capacidad de tener una vida y unas ideas propias. Sin llegar a calificar de «tolerancia represiva» —como hizo Marcuse— las ideas reaccionarias, diremos que las ideas, mientras sólo sean ideas, son tolerables en cualquier caso. No lo son, en cambio, cuando quieren imponerse a quien no las comparte, mediante la violencia y la fuerza. Pues, en tal caso, violan el derecho fundamental a la libertad de creencias y de expresión.

Pero no sólo la agresión a la libertad de expresión es intolerable. Lo es, asimismo, todo aquello que viole derechos humanos básicos. No deberíamos tolerar que haya hambre en el mundo, que mueran miles de niños por enfermedades evitables, que sólo mediante guerras sepan dirimirse los conflictos. El objeto de la tolerancia son las diferencias inofensivas, no las que ofenden la dignidad humana.

Contra el criterio de los derechos humanos como límite de lo tolerable, suelen levantarse dos objeciones: una válida y la otra inadmisible. La inadmisible es la objeción de que también los derechos básicos son producto de una cultura caracterizada precisamente por haber querido imponer sus normas y principios al resto de la humanidad y no siempre de modo pacífico. Aceptar eso, aceptar que incluso derechos como la libertad de conciencia y expresión o el derecho a la igualdad de hombres y mujeres son relativos, es, sin duda, abdicar de la ética, renunciar a hacer juicios de valor. Otra cosa es que se quiera condenar una especial interpretación de los derechos básicos o la forma particular de querer imponerlos. Hablaré luego de ello, pero lo que hay que decir de una vez por todas es que no es lícito prescindir de los derechos fundamentales simplemente por la circunstancia de que su puesta en práctica es contradictoria o incoherente con lo que ellos mismos enuncian. Lo que debe hacerse es rectificar la práctica, no acabar con la teoría.

La objeción válida, por el contrario, es la que acusa a los derechos humanos de puras abstracciones justificatorias de cualquier práctica. Son y han sido eso, no cabe duda. De donde, sin embargo, tampoco ha de deducirse que carezcan de validez por sí mismos. Por abstractos que sean —que no lo son tanto—, funcionan como ideas reguladoras y punto de referencia de la crítica. Si se utilizan para justificar lo injustificable, también contra ese uso cabe la crítica. Si somos capaces de denunciar el uso indebido de ciertos principios es porque sabemos que es indebido. Damos por supuesto, pues, que hay un uso correcto. Tras más de veinte siglos de historia del pensamiento empezamos a tener pautas suficientes para criticar y rechazar lo que no es correcto.

Por supuesto, no todas las muestras de intolerancia o de violación de derechos básicos son igualmente claras. Palabras como «dictador» o «terrorista» se aplican a realidades distintas, no siempre con la misma justeza. Existen, por lo demás, ciertas prácticas más o menos corrientes y,

en cualquier caso, aceptadas en culturas no occidentales que, desde nuestro punto de vista, oprimen y esclavizan seriamente, por ejemplo, a la mujer. Pues bien, el rechazo de las mismas no sólo es contestado desde dentro, sino que tampoco fuera hay unanimidad en cuanto a la legitimidad de atacarla o condenarla. ¿Hasta qué punto una práctica como la clitoridectomía, que, desde nuestra concepción de los derechos individuales, es una grave mutilación de las mujeres, debe ser tolerada cuando la practican otros que no tienen escrúpulos, antes tienen sus razones, para aceptarla? ¿Qué significa, en este caso, tolerar o dejar de tolerar? ¿Hasta qué punto hay que tolerar la existencia de sectas que utilizan peligrosamente a los menores? ¿Debe ser tolerada la supuesta voluntad de unos pueblos de destruirse unos a otros por defender el territorio que, a su juicio, les pertenece?

Creo que no puede darse más respuesta que la anterior: Los derechos universales son el límite, y cuando la interpretación de los mismos, la interpretación aplicada al caso que se juzga, admite discrepancias, la única vía de solución es el diálogo. No basta poner límites a la tolerancia: hay que saber ponerlos de forma que no se contradigan los mismos principios que estamos defendiendo. Si pretendemos combatir la intolerancia de los otros con la fuerza, no saldremos de la contradicción que pretendemos evitar. La democracia es nuestro sub suelo, y un sub suelo que no hay que abandonar. Cuando se ha aceptado este punto de vista, la gestión de los conflictos ha de cuidar más el cómo que el qué de las cuestiones. A pesar de la homogeneidad de las culturas y de la universalidad de unos derechos fundamentales, sigue habiendo muchas ideas que suscitan opiniones contrastadas y sigue habiendo costumbres distintas, admitidas por unas culturas y rechazadas por otras. Hay graves problemas económicos que producen desigualdades mundiales que deberían ser intolerables. Todo esto es fuente de discrepancias y de malestar. No es lícito

cerrar los ojos ante las causas del conflicto y tratar de ignorarlo. Tampoco lo es querer atajarlo del modo más eficaz, aunque sea a costa de nuestros principios más fundamentales. Aprender la lección de una tolerancia positiva es condición necesaria de la democracia.